



9 788494 737671

MERCADOS RADICALES

**CÓMO SUBVERTIR
EL CAPITALISMO Y LA DEMOCRACIA
PARA UNA SOCIEDAD JUSTA**

ERIC A. POSNER y E. GLEN WEYL



MERCADOS RADICALES

Cómo erradicar el capitalismo y la
democracia para una sociedad justa

Eric A. Posner y E. Glen Weyl

Traducción de Helena Álvarez de la Miyar

Antoni Bosch editor, S.A.U.
Manacor, 3, 08023, Barcelona
Tel. (+34) 93 206 0730
info@antonibosch.com
www.antonibosch.com

Título original de la obra: *Radical Markets*

© Eric A. Posner y E. Glen Weyl, 2019
© de esta edición: Antoni Bosch editor, S.A.U., 2018

ISBN: 978-84-947376-8-8

Diseño de la cubierta: Compañía
Maquetación: JesMart
Corrección: Olga Mairal y Ester Vallbona

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, reprográfico, gramofónico u otro, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

A la memoria de William S. Vickrey

Sumario

[Agradecimientos](#)

[Prefacio. La subasta te hará libre](#)

[Introducción. La crisis del orden liberal](#)

[1. La propiedad es monopolio](#)

[2. Democracia radical](#)

[3. Unir a los trabajadores del mundo](#)

[4. Desmembrar el pulpo](#)

[5. Los datos como trabajo](#)

[Conclusión](#)

[Epílogo](#)

[Notas](#)

Agradecimientos

La producción y el desarrollo económicos son procesos fundamentalmente sociales, no individuales, o eso es lo que argumentamos a lo largo de todo este libro. Lo mismo puede decirse de los productos intelectuales como este libro. El medio social en el que nos desarrollamos y la amplia variedad de comunidades a las que hemos pertenecido han conformado nuestras ideas y, si este libro genera el impacto que aspiramos a generar, la contribución del *zeitgeist*, el espíritu de los tiempos, será sin duda mucho más importante que nuestros esfuerzos intelectuales. En cualquier caso, hay mucha gente entre estas fuerzas sociales más amplias que ha contribuido particularmente a este trabajo.

Por más que ya identificamos muchas de nuestras principales influencias intelectuales a lo largo del libro, cada uno de nosotros ha tenido sus propios mentores intelectuales personales a los que no se alude tan claramente, pero que merecen unas palabras de agradecimiento. Gary Becker y especialmente José Scheinkman desempeñaron un papel fundamental a la hora de animar a Glen a perseverar con sus ideas más atrevidas, pese a los costes que eso le haya podido suponer en términos de su estatus profesional, y lo difícil que ha resultado que se publique este trabajo. Jerry Green, Amartya Sen y sobre todo Jean Tirole fueron definitivos a la hora de dar forma a la visión de Glen sobre el diseño de mecanismos como una fuerza de transformación social. Jennifer Chayes, la supervisora de Glen en Microsoft, le proporcionó el espacio profesional, el entorno multidisciplinar y la inspiración personal que necesitaba para creer en este proyecto y dedicarse a él. Eric, por su parte, agradece el apoyo de sus colegas de la University of Chicago y el apoyo financiero recibido del fondo para académicos Russell Baker Scholars Fund. Glen, además, quiere dar las gracias a la Alfred P. Sloan Foundation por su apoyo financiero a través de sus becas de investigación.

Estamos particularmente en deuda con Soumaya Keynes, cuyo interés y entusiasmo por la combinación de nuestras ideas nos sirvieron de estímulo para escribir este libro.

Los numerosos coautores y colaboradores en diversos proyectos que han contribuido a la visión que aquí expresamos se van citando a lo largo de toda la obra, pero hay unos cuantos que se merecen una mención explícita aquí: Anthony Lee Zhang fue pionero en defender junto con Glen la idea de un impuesto autoevaluado de propiedad común; Steve Lalley demostró junto con Glen los teoremas fundamentales sobre Votación Cuadrática, y Nick Stephanopoulos diseñó en colaboración con Eric la visión práctica de la ley electoral igualitaria según ellos; Fiona Scott Morton creó junto con nosotros la regla del 1 % para los inversores institucionales; y Jaron Lanier ha sido compañero de viaje de Glen en todos sus pasos en el ámbito de los Datos como Trabajo.

Nuestro editor Joe Jackson y sus colegas de Princeton University Press han hecho posible este libro. Susan Jean Miller ha realizado un trabajo excelente ayudándonos a pulir nuestra prosa. También le damos las gracias a todo el equipo de ayudantes de investigación, gente con mucho talento como Graham Haviland, Eliot Levmore, Stella Shannon, Han-ah Sumner y Jill Rogowski, que han proporcionado una ayuda inestimable.

Una conferencia sobre nuestro manuscrito, que contó con la Cowles Foundation de la Yale University como anfitriona y fue respaldada con gran entusiasmo por su director Larry Samuelson, también nos ayudó a dar forma a nuestro pensamiento. Los siete panelistas participantes en el debate (Ian Ayres, Dirk Bergemann, Jacob Hacker, Nicole Immorlica, Branko Milanovic, Tim Shenk y Matt Weinzierl) nos proporcionaron un *feedback* decisivo. Tim nos ayudó especialmente a dar forma a nuestra comprensión de la historia relevante de las ideas. También nos hemos beneficiado de los comentarios de muchos amigos y colegas, entre los que cabe mencionar a Anna Blender, Charlotte Cavaillé, Patrick Collison, Adam Cox, Richard Eskow, Marion Fourcade, Alex Peysakhovich, Greg Shaw, Itai Sher, Steve Swig, Tommaso Valletti y Steve Weyl. Steph Dick y Chris Muller, por su parte, han contribuido con unas reacciones que invitaban a la reflexión y han dado forma a nuestras revisiones. Richard Arnott, archivero de Bill Vickrey, moldeó nuestra comprensión de sus ideas y creencias. Dionisio González, Tod Lippy y Laura Weyl nos han ayudado con los aspectos estéticos del libro. También apreciamos

mucho la colaboración de los miembros de los grupos de lectura de Microsoft «Radical Economics» y «Social Life Data», sobre todo de Nicky Couldry, Dan Greene, Jessy Hwang, Moira Weigel y James Wright.

El respaldo y aliento de Satya Nadella y Kevin Scott, líderes de negocio en Microsoft, y de Atif Mian y Ken Rogoff en el frente académico, también han sido importantes para el desarrollo de este trabajo.

Glen está agradecido a su mujer, Alisha Holland, más que a nadie. Ella está presente en este libro en cada línea, de principio a fin, y de un modo que solamente Alisha es capaz de reconocer, por lo que, en cierto sentido, este libro es una carta de amor también. Ella es quien llevó a Glen a Río e hizo que se pusiera a pensar en las favelas, y ella fue también la que lo animó a desarrollar las ideas que se proponen en el epílogo. El espíritu de la ciudad y el migrante, y la pasión por mejorar ostensiblemente la situación de ambos que inspiran gran parte de nuestro trabajo, vienen de ella. El tándem de escritura que forman Glen y Alisha ha transformado muchos de nuestros textos. Sin el apoyo que Alisha ha prestado a su marido en los riesgos profesionales que este ha corrido y su actitud iconoclasta, Glen no se habría atrevido a escribir este libro. Sin la empatía y la capacidad de apreciar la belleza que ella le ha enseñado, Glen nunca habría tenido la visión que le ha permitido hacerlo. Todos los días, Glen descubre más sobre lo interconectadas e inseparables que son las ideas y emociones de ambos. Haber ido forjando ese vínculo, desde los tiempos en que los dos eran unos adolescentes empolonados y algo solitarios, no ha sido siempre fácil ni reconfortante pero, al igual que ocurre con una sociedad mercantil, una asociación que se puede reformar de manera radical ante una crisis y así promover – en lugar de restringir– la igualdad, el crecimiento y la cooperación, es una asociación que merece perdurar.

Prefacio. La subasta te hará libre

El liberal del XIX era un radical, tanto en el sentido etimológico de ir a la raíz del asunto como en el sentido político de estar a favor de grandes cambios en las instituciones sociales. Su heredero moderno debe ser así también.

Milton Friedman, *Capitalismo y libertad*, 1961

La semilla de este libro se plantó durante el verano que uno de nosotros pasó en Río de Janeiro. Río es la ciudad más bella por naturaleza del mundo. Las vistas que ofrecen sus frondosas colinas cubiertas de vegetación en su descenso hasta el azul intenso de una bahía salpicada de pequeñas islas son incomparables. Y, sin embargo, esas mismas colinas están cubiertas de *favelas*, míseros barrios de chabolas construidas de cualquier manera, sin canalización básica ni transporte.

Leblon, posiblemente el barrio más rico de toda América Latina, se encuentra al pie de esas mismas colinas. Allí, a precios inflados desmesuradamente, el dinero puede comprar relojes y automóviles de lujo, símbolos inequívocos de estatus. Ahora bien, los habitantes de Leblon no se atreven a lucir sus relojes por la calle ni a detener sus automóviles en los semáforos en rojo por la noche, por miedo a la violencia que se cierne sobre ellos desde las favelas en lo alto del cerro. Río es una de las ciudades más peligrosas del mundo.

Los *cariocas*, que es como se llaman a sí mismas las gentes de Río, son relajados, amables, creativos y abiertos, y perciben la raza más sutilmente de lo que lo hacemos nosotros en Estados Unidos con nuestras líneas bien marcadas entre blancos y negros. En ambos países hay una larga historia de esclavitud pero, en Brasil, todo el mundo viene de un trasfondo variado de mezcla. Aun así, las variaciones en el tono de piel indican distintos niveles de clase social, una fuerza omnipresente en la sociedad brasileña.

A nivel económico, Brasil es el país con mayores desigualdades de todo el hemisferio occidental: cuenta con riquezas naturales más que abundantes pero son un puñado de familias las que controlan esa riqueza, mientras que casi un 10 % de la población vive por debajo del umbral de la pobreza establecido a nivel mundial. A la última

presidenta del país la destituyeron por abuso de poder, su antecesor está en la cárcel por corrupción y se está estrechando el cerco de los investigadores anticorrupción en torno al actual líder nacional, que cuenta con una tasa de aprobación popular que no llega al doble dígito. Seguramente habrá acabado en la cárcel para cuando se publique este libro. Los estándares de nivel de vida del país se han estancado durante largos periodos de tiempo. El espíritu emprendedor escasea.

¿Por qué se ha ido al traste el paraíso? ¿Cómo conseguir que su inmenso potencial se haga realidad? Este debate no es precisamente nuevo.

IZQUIERDA: El gobierno debería cobrar impuestos a los ricos para proporcionar viviendas, atención médica y puestos de trabajo a los pobres.

DERECHA: Sí, y acabas como Venezuela o Zimbabue. El gobierno tiene que privatizar las empresas estatales, obligar al cumplimiento de los derechos de propiedad, bajar los impuestos y reducir la regulación. Es decir, activar la economía, que las desigualdades ya se solucionarán solas.

EL TECNÓCRATA MEDIO: Necesitamos una economía cuidadosamente regulada por expertos con formación internacional, intervenciones específicas cuya eficacia se haya comprobado mediante experimentos aleatorios controlados, y reformas políticas que protejan los derechos humanos.

La gente de los países ricos, donde las desigualdades están aumentando, reconocerá el caso de Brasil en sus propias naciones. En los países ricos, la economía también se está estancando y los conflictos políticos y la corrupción van en aumento. La antigua creencia de que un «país en desarrollo» como Brasil acabará convirtiéndose en un «país desarrollado» como Estados Unidos se está sometiendo a un análisis profundo y la gente se está empezando a preguntar si las cosas no estarán yendo en sentido inverso. Mientras tanto, las recomendaciones habituales de reforma son las mismas de hace medio siglo: subidas de impuestos y redistribución; refuerzo de los mercados y privatización; o mejor gobernanza y mayor conocimiento experto.

En Río, es palpable que esta fórmula se ha quedado obsoleta. La

pobreza, el estrecho y concentrado control del suelo y el conflicto político parecen estar íntimamente ligados. La redistribución de la riqueza ha tenido un impacto muy limitado en lo que a la desigualdad se refiere. Las mejoras en los derechos de propiedad no han contribuido demasiado a fomentar el desarrollo. Los moradores de las barriadas de chabolas se aferran a terrenos que podrían convertirse en un parque público, una reserva natural o viviendas modernas. En el centro de la ciudad, donde los habitantes de las favelas podrían vivir decentemente y tener acceso a servicios públicos, el suelo está monopolizado por los ricos, que tienen demasiado miedo a la delincuencia como para disfrutarlo. El mismo control concentrado de la riqueza que genera desigualdad parece además ser responsable de la corrupción política y de las cortapisas a la iniciativa empresarial: Brasil está en el 10 % final de la tabla en cuanto a facilidad para montar negocios, según el Banco Mundial.

El caso de Río exige una respuesta: ¿acaso no hay una alternativa mejor? ¿No hay forma de que esta ciudad escape a la desigualdad, el estancamiento y el conflicto social? ¿Es Río un presagio de la suerte que acabarán corriendo Nueva York, Londres o Tokio, solo que sin la samba y las playas?

Las subastas como mercados radicales

El problema radica en las ideas, o más bien en la falta de estas. Los argumentos tanto de la derecha como de la izquierda aportaban algo cuando surgieron en el siglo XIX y principios del XX, pero en la actualidad su potencial está agotado; ya no entrañan reformas atrevidas, sino que nos limitan. Para expandir las posibilidades sociales de que disponemos, debemos abrir la mente a la posibilidad de un rediseño radical. Para llegar a la causa raíz del problema, debemos entender cómo funcionan las instituciones políticas y económicas y utilizar ese conocimiento para formular una respuesta, que es lo que hacemos en este libro.

Nuestra premisa es que los mercados son –y a medio plazo seguirán siendo– la mejor manera de organizar la sociedad. Pero, si bien nuestra sociedad está supuestamente organizada en mercados competitivos, nuestro argumento es que los mercados más importantes o bien están monopolizados o ni siquiera existen y que, creando mercados verdaderamente competitivos, abiertos y libres,

podemos reducir las desigualdades de modo ostensible, aumentar la prosperidad y restañar las heridas ideológicas y sociales que están desgarrando nuestra sociedad.

Al igual que la derecha, pensamos que los mercados deben fortalecerse, expandirse y purificarse. Pero detectamos un fallo garrafal en la derecha: ha pecado de timidez y falta de imaginación en cuanto a los cambios sociales necesarios para que florezcan los mercados. Muchos, en la derecha, abogan por el *fundamentalismo* de mercado, una ideología que se supone que ha sido puesta a prueba a nivel de teoría económica y de experiencia histórica. En realidad, es poco más que un compromiso nostálgico con una versión idealizada de los mercados tal y como existían en el mundo anglosajón del siglo XIX. (Utilizaremos el término *capitalismo* para referirnos a esta versión histórica idealizada de los mercados, en la que los gobiernos se centran en proteger la propiedad privada y hacer valer los contratos.) Contraponemos al fundamentalismo de mercado el *radicalismo* de mercado, que es nuestro propio compromiso con comprender, reestructurar y mejorar los mercados desde sus mismas raíces.

Lo que compartimos con la izquierda es la idea de que la organización social existente genera desigualdades injustas y obstaculiza la acción colectiva. Pero el fallo de la izquierda ha sido su dependencia del poder discrecional de las élites burocráticas del Estado para solucionar los males sociales. Estas élites, que la izquierda imagina benevolentes, neutrales ideológicamente hablando y comprometidas con el bien común, a veces resultan ser arbitrarias, corruptas e incompetentes o, percibidas como tales lo sean o no, la ciudadanía en general desconfía de ellas. Para canalizar el radicalismo que creemos inherente a los mercados, debemos descentralizar el poder al tiempo que fomentamos la acción colectiva.

Los mercados radicales que imaginamos son arreglos institucionales que permiten que los principios fundamentales de asignación sobre la base de los mercados –el libre intercambio sometido a la disciplina de la competencia y abierto a cualquier nuevo participante– operen plenamente. Una subasta es la quintaesencia de un mercado radical. Teniendo en cuenta que las reglas de una subasta consisten en que la gente pujan en competencia con todos los demás, el objeto subastado acaba en manos de la persona que más lo desea, con la importante salvedad de que las diferencias entre las pujas pueden reflejar diferencias de riqueza, además de diferencias a nivel de deseo.

Pese a que la mayoría de la gente no se plantea las subastas más allá del ámbito de las compraventas en ámbitos muy concretos, como las subastas de arte o de pescado, estas son habituales en Internet, lejos de la mirada del público en general. A continuación vamos a intentar explicar que, extendiéndolas por toda la sociedad, se podría salvar Río. Y el mundo.

Río a la venta: un experimento mental

Supongamos que toda la ciudad de Río está en subasta permanente. Imaginemos que todos los edificios, negocios, fábricas y solares tienen un precio de salida y que cualquiera que pujan ofreciendo un precio superior al de salida puede hacerse con la propiedad de esos activos. Las subastas podrían incluso hacerse extensibles a ciertos tipos de propiedad personal, como, por ejemplo, automóviles o incluso cosas que suelen establecerse a través de un proceso político, como la cantidad de polución que se permite producir a las fábricas. Como veremos, gran parte de este libro está dedicado a identificar cómo podría funcionar un sistema así.

Como experimento mental, sin embargo, supongamos por ahora que las subastas se realizan a través de aplicaciones para móvil que pujan automáticamente según una configuración por defecto, eliminándose así casi por completo la necesidad de que la gente tenga que estar calculando constantemente cuánto pujar. Las leyes garantizarían que no se produjeran las catástrofes que obviamente podrían darse (por ejemplo, volver a casa un día y encontrarte con que tu apartamento ya no es tuyo). Se establecerían incentivos para cuidar y desarrollar activos y garantizar que la privacidad y otros valores también se preservaran. Todos los ingresos generados por estas subastas revertirían de vuelta en los ciudadanos de manera «equitativa» en forma de dividendo social, o se utilizarían para financiar proyectos públicos, que es como se utilizan los ingresos resultantes de la venta de tierras en Alaska y Noruega.

Si una subasta como esta estuviera operativa, sin duda la sociedad y la política de Río se transformarían. En primer lugar, la gente pensaría en su propiedad de un modo diferente. Menguaría la brutal diferencia entre ser propietario de una casa y ocupar un espacio en la playa. La propiedad privada se convertiría en gran medida en pública y las posesiones de los que te rodean, hasta cierto punto,

pasarían a ser un poco tuyas.

Además, la subasta perpetua rectificaría la tremenda infrautilización del suelo y otros recursos. Quien pujara más alto por las parcelas de las colinas que tuviesen las mejores vistas, jamás sería alguien cuya intención fuese construir míseras chabolas destartaladas. Y quienes pujaran más alto por las parcelas del centro de la ciudad nunca serían promotores que se dedicaran a construir casas de lujo, sino constructores de edificios de viviendas para las nuevas y numerosas clases medias que surgirían gracias a las subastas.

Un tercer resultado sería que se pondría fin a la principal fuente de desigualdad económica. A primera vista, podríamos concluir que las subastas permitirían a los ricos comprar todo lo que tuviera algún valor, pero parémonos a pensar un momento: ¿a quién nos referimos con «los ricos»? Gente que posee muchos negocios, terrenos, etc. Ahora bien, si todo estuviera constantemente saliendo a subasta, nadie sería propietario de esos activos. Y los beneficios de las subastas se repartirían de forma igualitaria entre todos. En el capítulo 1 se explica cómo.

En cuarto lugar, el sistema de subastas de Río pondría límite a la corrupción, al trasladar decisiones políticas fundamentales de los políticos a los ciudadanos. En consecuencia, con una vida pública mejor gracias a las subastas, volvería la normalidad a las calles y se acabaría que los ricos se refugiaran en comunidades privadas valladas. En vez de la imagen habitual de los mercados socavando y sustituyendo a la esfera pública, los mercados radicales supondrían un impulso a favor de lo público. El capítulo 2 explica cómo una subasta podría organizar la política.

Héroes radicales

Nuestro argumento se basa en una tradición intelectual que se remonta a Adam Smith, cuyo nombre suelen invocar en la actualidad los pensadores conservadores, incluidos los fundamentalistas del mercado. Pero Smith era un radical en los dos sentidos mencionados en la cita con la que comenzábamos esta sección: en primer lugar, exploró en profundidad las raíces de la organización económica y propuso teorías que siguen siendo influyentes a día de hoy; en segundo lugar, atacó las ideas e instituciones prevalentes de su tiempo y presentó toda una serie de propuestas y reformas atrevidas. A la

gente estas ideas le parecen «conservadoras», en la actualidad, sencillamente por el mucho éxito que tuvieron a la hora de remodelar las políticas y el pensamiento de la época.

Los fundamentalistas del mercado trazan una línea que une a Smith con gente como Friedrich Hayek, Milton Friedman y George Stigler –héroes conservadores de mediados del siglo pasado y ganadores de respectivos premios Nobel, que tomaron de Smith una noción idealizada de los mercados basada en la propiedad privada y pusieron esa visión al servicio de una economía y una política libertarias–. Pero los fundamentalistas ignoran a economistas que comparten el espíritu radical de Smith, como, por ejemplo, Henry George, cuyas ideas lanzaron la llamada «era progresista» en Estados Unidos y que podría haber sido el economista más leído de todos los tiempos, pero cuya visión se perdió en las batallas entre izquierda y derecha de la Guerra Fría. A George le preocupaba más la desigualdad que a los seguidores conservadores de Smith, y reconoció que la propiedad privada podía ser un obstáculo para que existieran mercados verdaderamente libres. Para remediar este problema sugirió un modelo impositivo basado en un sistema de propiedad común del suelo.

El economista «georgista» más importante que ha habido y a cuya memoria dedicamos este libro es un profesor universitario de mediados del siglo xx llamado William Spencer Vickrey. Vickrey, cuya imagen aparece en la página 23, fue el maestro Yoda de la profesión de economista: un poco tontaina, despreocupado, poco sociable, despistado y fuente de observaciones perspicaces, a menudo inescrutables, pero con el potencial de cambiar el mundo. Vickrey solía ir patinando sobre ruedas de la estación de tren a clase y llevaba más almuerzo en la pechera de la camisa que en la tripa. Y era perfectamente capaz de despertarse de la siesta en mitad de un seminario y soltar algo como «A esta investigación le iría muy bien... el principio de Henry George sobre los gravámenes al valor del suelo». Mencionaba el modelo de George con tanta frecuencia que, en una ocasión, un colega bromeó diciendo: «Supongo que a estas alturas ya le habrá hablado de él hasta al mismo Dios»¹. Vickrey, que también era huraño, arrogante y reservado, nunca publicó ningún artículo académico con sus mejores ideas.

Las fuentes de inspiración de las investigaciones de Vickrey se parecían mucho a las nuestras. Se centró durante casi toda su carrera en la organización de las ciudades y el tremendo despilfarro de re-